El gran desafío

(Síntesis del libro "de la ilusión al desencanto, reforma económica en el salvador 1989-2009)

Hace veinte años, la creencia casi generalizada –de manera particular en América Latina– era que la opción frente al subdesarrollo secular debía buscarse en la adopción de un nuevo modelo económico, al estilo y semejanza del que habían seguido varios países del sudeste asiático en las dos décadas anteriores.

Juan Héctor Vidal
Economista

Los desequilibrios reales y financieros y el magro desempeño de las economías durante la llamada "década perdida" dieron la pauta para que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional empezaran a impulsar los primeros programas de estabilización y ajuste, que tiempo después encontrarían en el consenso de Washington, una especie de elemento coercitivo al vinculárseles a lo que se ha dado en llamar la condicionalidad cruzada. El Salvador fue parte de ese escenario, aunque el conflicto armado introducía en su caso elementos de atipicidad. por consiguiente, el modelo económico adoptado por el país durante el primer gobierno de Arena, no fue un invento nacional.

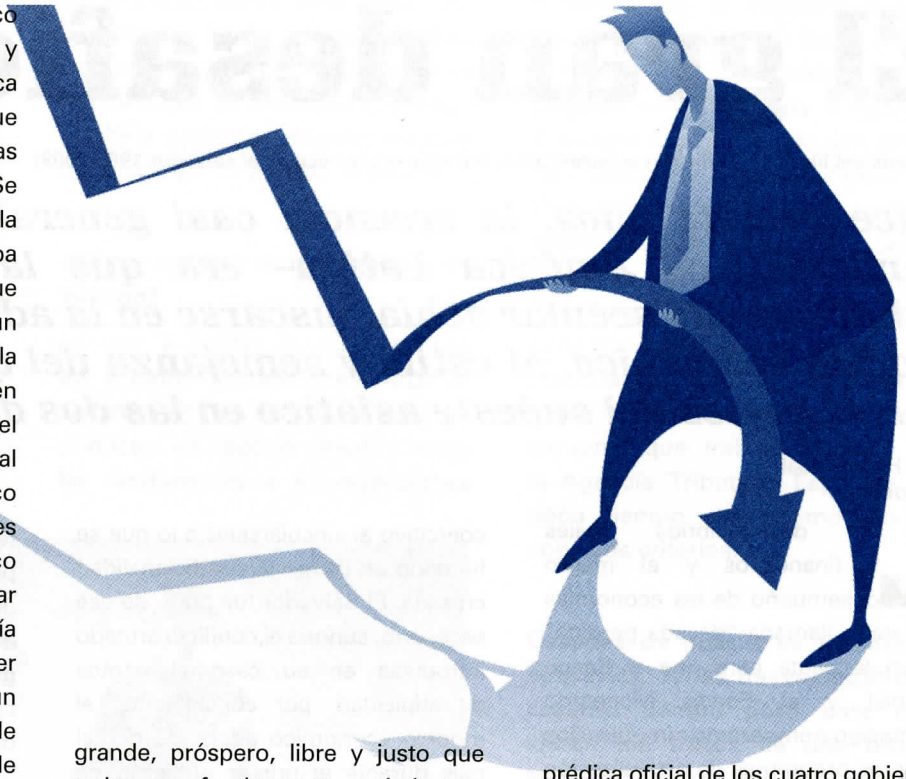
Sin duda, la "nueva economía" tenía la ventaja de que encajaba a la perfección en la ideología política de dicho partido, pero fue la onda expansiva del liberalismo la que hizo gran parte de la tarea, a lo cual se sumó con gran fuerza el derrumbamiento del socialismo real.

Coincidentemente, la apertura comercial, la desregulación y la privatización —que eran tres piezas

claves de un modelo económico supuestamente más eficiente y equitativo— tenían en la política nacional férreos defensores, aunque sus acciones estuvieran impregnadas de sentimientos no tan sublimes. Se podía suponer entonces que con la administración Cristiani se iniciaba un verdadero proyecto nacional, que tenía en el plano internacional un respaldo indiscutible a partir de la prédica de la nueva economía; y, en el ámbito interno, la certeza de que el país realmente era capaz de subirse al carro de la modernidad en un marco de democracia real y de mayores oportunidades en el plano económico y social. Bajo esa perspectiva, hablar de un "proyecto nacional" parecía obvio, pero significaba trascender lo económico para ubicarse en un escenario parecido al que sirvió de base para la transformación de Chile y España, después de muchos años de vivir bajo regímenes autoritarios. Guardando las diferencias, esa oportunidad la brindaban, justamente, la nueva economía y la solución del conflicto por la vía negociada, que ya se preveía, bajo el liderazgo del presidente Cristiani. Sin embargo, lo único que realmente podía garantizar la nueva administración era la puesta en marcha de un proyecto diferente en el campo económico.

En este sentido, no estoy tan seguro de que el primer presidente de Arena haya visualizado una transición como la que está viviendo el país, cuando en el discurso que pronunció a raíz de la firma de los acuerdos de paz, aquel histórico 16 de enero de 1992, expresó:

"El conflicto ha quedado atrás, queremos y debemos todos ver hacia el futuro que es en el único sitio donde podemos construir ese El Salvador grande, próspero, libre y justo que todos profundamente anhelamos. Las lecciones aprendidas tienen que asimilarse y fructificar para una vida mejor, pero no vamos a llorar sobre las cenizas, el país no nos da tiempo más que para el trabajo, para la reconciliación y para la paz".



En cualquier caso, en el campo estrictamente económico, el primer gobierno de Arena tenía en las formulaciones iniciales de FUSADES una base de sustentación indiscutible y, por cierto, que iba más allá de los enfoques mecanicistas de los organismos internacionales.

Como lo demostrarían los hechos, en algún punto en el tiempo comenzó a perderse la visión de construir un sistema económico más justo e incluyente, para derivar en uno que solo en apariencia funciona conforme a los postulados de una economía social de mercado, aunque el concepto nunca desapareció de la prédica oficial de los cuatro gobiernos de Arena.

Llevado al extremo, lo anterior sugiere que quienes intentaron hacer de El Salvador un ejemplo de éxito ya casi en las postrimerías del siglo XX, de alguna manera cayeron en la trampa de la más primitiva versión del laissez faire de dos siglos atrás.

A partir de entonces, todo el sentido de dirección y propósito que podría haberle dado el gobierno a la economía para humanizarla y blindarla contra los coqueteos de la izquierda, desapareció, aunque sus consecuencias se fueron diluyendo a lo largo del tiempo.

Incluso, hay opiniones calificadas de que no hubo en ese sentido una conciencia clara del significado de contar con un sistema económico construido con visión estratégica, aunque no fuera sino para restarle espacio a los detractores del sistema capitalista.

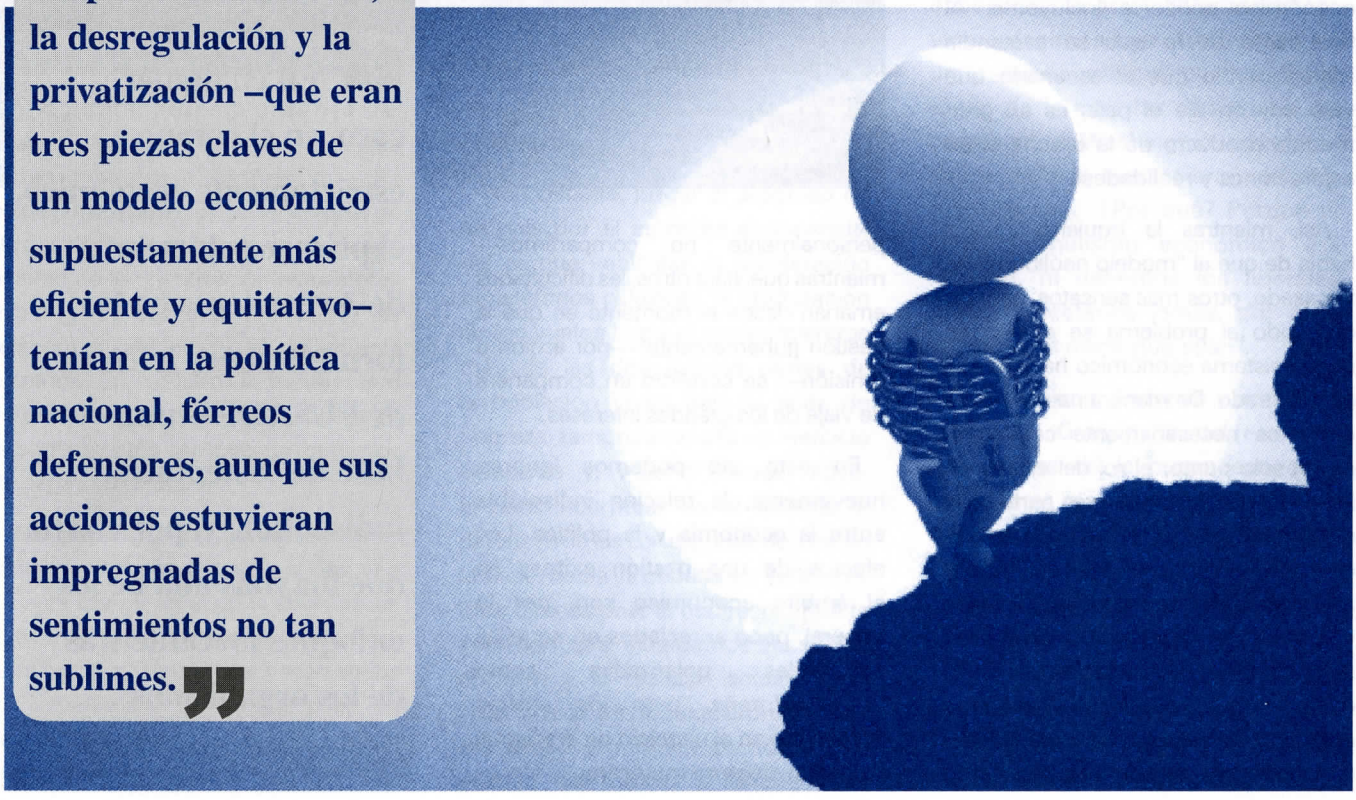
La eliminación del Ministerio de Planificación durante la segunda administración de Arena constituye una clara expresión de la adherencia a esas ideas extremas. Tanto así, que el PNUD, en su informe sobre desarrollo humano 2007-2008, le atribuye al debilitamiento de la planificación parte de la responsabilidad en la pérdida de eficacia de las reformas, en términos de crecimiento, empleo y eficiencia laboral.

Ciertamente, no se puede establecer una relación de causalidad entre el comportamiento de estas variables y el proceso político, pero ignorar su relación también resulta poco pragmático. Hay que decir, además, que la ampliación de los espacios democráticos ha hecho también más vulnerables los estilos de gestión impenetrables que acompañaron los regímenes dictatoriales del pasado.

Dentro de una visión de conjunto, todo esto ha contribuido a desacreditar un modelo económico conceptualmente correcto, pero que se apartó de la ruta inicialmente trazada, para dar paso, en casos importantes, a prácticas mercantilistas que incluso ampliaron los espacios para la crítica inclemente de la oposición más radical, que no ha desperdiciado oportunidad para enjuiciarlo. Es posible que para algunos resulte un poco desproporcionado, pero mi tesis es que después de veinte años el país sigue sin encontrarse, aunque se reconozca que mucho ha cambiado en comparación con el panorama que presentaba en 1989.

Pero el haber gobernado en un ambiente de paz, con amplio apoyo del sector privado y sin las restricciones que normalmente imponen a los países pobres las relaciones financieras internacionales —en este caso por el soporte que proveen las remesas familiares— tampoco han sido capitalizadas como hubiera sido deseable, y, de allí, la frustración que se percibe aun entre los no radicales. En este punto, es de justicia reconocer la continuada labor de FUSADES al proponer, de manera previa a cada ejercicio presidencial, estrategias para la transformación económica del país. También es relevante el posicionamiento que ha venido asumiendo la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP). El planteamiento contundente que hizo la cúpula empresarial en 1996 a través de "el manifiesto salvadoreño", cuando la economía empezó a dar muestras de debilitamiento, es el mejor ejemplo. La institucionalización

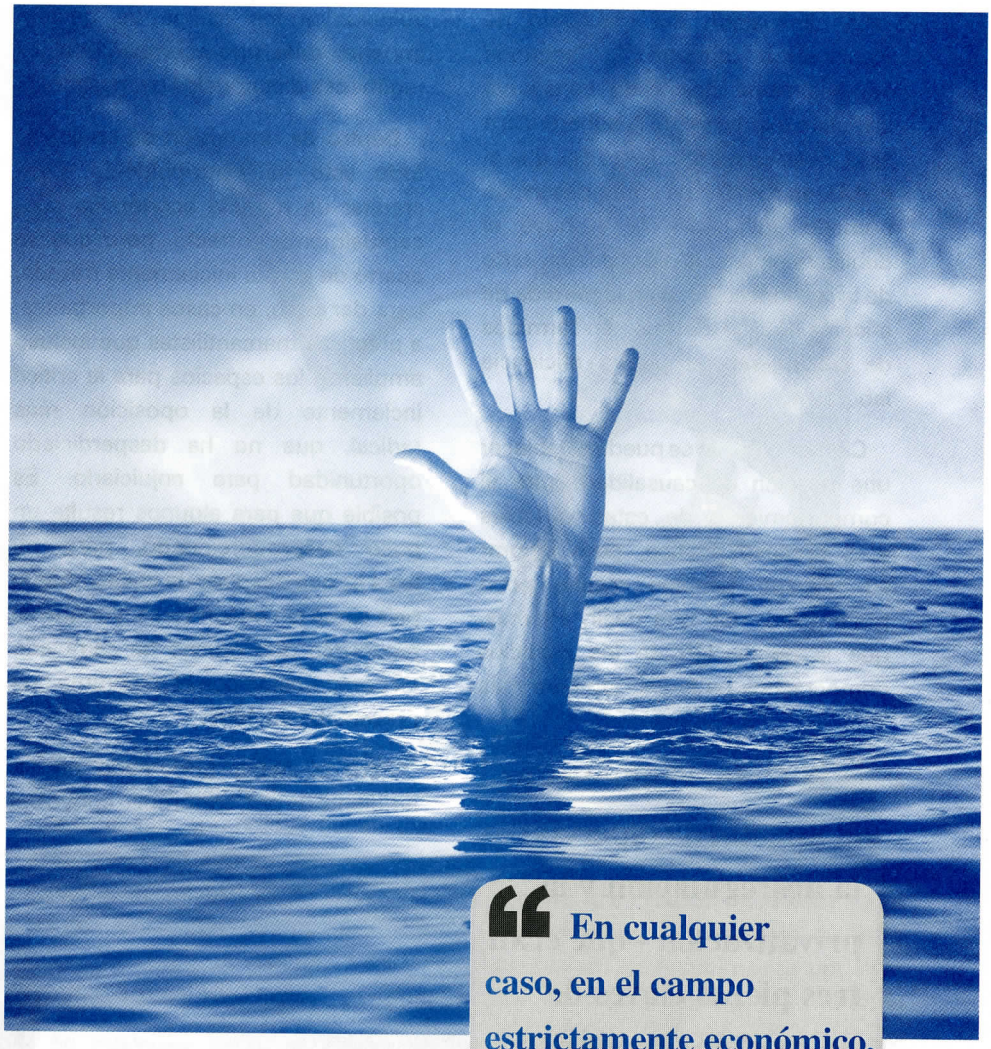
"Coincidentemente, la apertura comercial, la desregulación y la privatización –que eran tres piezas claves de un modelo económico supuestamente más eficiente y equitativo– tenían en la política nacional, férreos defensores, aunque sus acciones estuvieran impregnadas de sentimientos no tan sublimes."



del Encuentro Nacional de la Empresa Privada (ENADE), a partir del 2000, puede también inscribirse dentro de la dinámica al interior del sector a partir de los acuerdos de paz. A pesar de todo, ha sido inevitable la crítica social sobre el aprovechamiento de la libertad económica, el ejercicio patrimonialista de la función pública y la edificación de un esquema de privilegios, que tienen mucho que ver con lo que está ocurriendo en el país.

Los procesos sociales siempre están expuestos a una involución, pero también a cambios que, paradójicamente, no siempre encuentran del todo preparados ni a sus mismos actores. Lo anterior, sumado al excesivo énfasis en las soluciones técnicas a problemas con un alto contenido social —o haber confundido medios con fines— ha sido también responsable de los pocos avances en la construcción de un sistema económico sólido e incluyente. Al final, esto es lo que se pretendía lograr, por lo que el escenario que vive hoy en día el país, es en gran medida producto de la brecha entre aspiraciones y realidades.

Así, mientras la izquierda radical habla de que el "modelo neoliberal" ha fracasado, otros más sensatos señalan que todo el problema se origina en que el sistema económico ha sido mal administrado. De manera natural, estos extremos necesariamente convergen en un solo punto: el rol del estado en la economía. Por tanto, gran parte de la explicación subyace en la forma en que el sistema económico se fue definiendo, mientras se mantenían las aspiraciones y crecían las exigencias de amplios segmentos de la población. La diferencia estriba en que, para unos, el problema central se origina en la desaparición casi total del estado —criterio que personalmente no compartimos— mientras que, para otros, las dificultades emanan desde el momento en que la gestión gubernamental —por acción u omisión— se convirtió en compañera de viaje de los grandes intereses.



En esto, no podemos ignorar, nuevamente, la relación indisoluble entre la economía y la política. Los efectos de una gestión exitosa en el ámbito económico son, por lo general, poco apreciados en aquellas sociedades polarizadas como la salvadoreña, pero los errores cometidos en el ejercicio de la misma, se pagan siempre muy caro.

"En cualquier caso, en el campo estrictamente económico, el primer gobierno de Arena tenía en las formulaciones iniciales de FUSADES una base de sustentación indiscutible y, por cierto, que iba más allá de los enfoques mecanicistas de los organismos internacionales."